ISSN: (EN CURSO)

IDENTIDAD ARGENTINA EN LA FRONTERA: EXTRANJEROS, INDIOS Y UN *GAUCHO INSUFRIBLE*[1]

Argentinian Identity and the Frontier: Foreigners, Indians and a gaucho insufrible

Raquel Arias Careaga
Universidad Autónoma de Madrid; raquel.arias@uam.es

Recibido: marzo de 2010; aceptado: junio de 2010; publicado: julio de 2011
BIBLID [(en curso) (2011) vol. 1; 85-109]
Ref. Bibl. RAQUEL ARIAS CAREAGA. IDENTIDAD ARGENTINA EN LA FRONTERA: EXTRANJEROS, INDIOS Y UN *GAUCHO INSUFRIBLE*. 1616: Anuario de Literatura Comparada, 1, 2011, 85-109

RESUMEN: Una vez lograda la independencia política, Argentina descubre la frontera interior que divide el país no solo en dos zonas geográficas, sino también en dos conceptos, civilización y barbarie. Uno de esos mundos es el que está habitado por hombres que no son susceptibles de ser considerados argentinos en la nueva República. Mientras el indígena pasa a ser denominado extranjero, el modelo del país que se quiere construir necesita de la llegada de inmigrantes europeos que se instalen en los territorios conquistados. Desaparecida a finales del XIX, la frontera acompaña a la literatura argentina desde sus

1. Este artículo se inscribe dentro del proyecto de investigación de la Universidad Autónoma de Madrid *Cultura y fronteras: la literatura y sus aportaciones a la configuración imaginaria de la Araucanía y la Patagonia* (FFI2008-05029 Ministerio de Ciencia e Innovación), a cargo del investigador principal Teodosio Fernández.

© Ediciones Universidad de Salamanca

comienzos. Un texto de Roberto Bolaño, «El gaucho insufrible», vuelve sobre el viejo límite para mostrarlo tal como es hoy.

Palabras clave: literatura de frontera, indígena, Pampa, identidad nacional, civilización/barbarie.

ABSTRACT: After the independence fight against Spain, the new Argentine Republic found another border, but this time in the inside. The limit between Civilization and Barbarism is also the frontier between two worlds, one of them inhabitated by men they don't consider Argentines. They considered these natives like foreign people while at the same time they welcomed European immigrants to settle in the new conquered territories. Disappeared at the end of 19th century, that border is part of the Argentine literature from the beginning. One text of Roberto Bolaño, «El gaucho insufrible», revisits the old frontier in order to show how it is like today.

Key words: frontier literature, native people, Pampa, national identity, civilization/barbarism.

La especial evolución sufrida por el territorio argentino durante su nacimiento como nación representa un campo muy interesante para plantearse cómo se construye la imagen del extranjero en una situación tan compleja. La existencia de una frontera real e interna convierte el problema en una lucha constante por autodefinirse contra otros, pero el llamamiento a la inmigración como una solución todavía complica más las cosas. A través de una revisión de las claves que van dando cuerpo a estos conflictos desembocaremos en el análisis de un texto literario en el que se puede observar cómo la solución está aún pendiente y el extranjero todavía se encuentra a este lado de la frontera.

La configuración del nuevo estado argentino tras la independencia se produce en un territorio imaginario que fluctúa y cambia constantemente. La conciencia de contar con unos límites aún sin definir inclina a los intelectuales, en aquellos momentos escritores y políticos en uno, a intentar precisar las fronteras que permitan encerrar en su interior lo que es o puede considerarse la esencia del ser argentino. La existencia de un territorio físico no conquistado centra los anhelos de aquellos que se dedican a la configuración de una identidad nacional. Así, «el territorio fronterizo se percibe como un espacio donde los conflictos centrales de la Nación están en juego» (Fernández Bravo 1999, 50). Esos conflictos centrales son durante buena parte del siglo XIX «la lucha entre la civilización y la barbarie,

© Ediciones Universidad de Salamanca

el desajuste entre las proclamas de la ley y su funcionamiento empírico, la tensión siempre renovada entre la cultura y las fuerzas naturales» (Fernández Bravo 1999, 50).

El concepto mismo de frontera implica la aceptación de unos límites geográficos, pero en el caso del nuevo estado argentino esa aceptación es solo el punto de partida de una lucha que intenta destruir ese límite, anularlo, alejarlo cada vez más. Por otro lado, aunque se trate en última instancia de la conquista de un territorio, solo la presencia de grupos humanos al otro lado de esa frontera justifica la necesidad de la lucha y la configuración de un imaginario que convierta a esos grupos en «el otro». Se produce así un debate consistente en aclarar si ese «otro» es o no es susceptible de ser aceptado como argentino en este proceso de conformación de la identidad nacional. Al encontrarse al otro lado de la frontera es, en principio, considerado un extranjero, con todo lo que eso implica y todas las contradicciones que desatará.

Pero el problema resulta mucho más complejo si tenemos en cuenta que, en palabras de Graciela Villanueva,

> el proceso de integración de esa figura de la alteridad que un extranjero inevitablemente representa solo es posible a partir de la construcción de una experiencia compartida de manera relativamente homogénea en la memoria colectiva de un pueblo (Villanueva 2000, 1).

En el momento histórico en que tiene lugar este proceso, Argentina no cuenta aún con una conciencia colectiva de su identidad. Como veremos, las consecuencias de esto serán fundamentales en la aceptación de un «otro» al que se reclama para construir la imagen nacional. Pero ese «otro» no es el que representan los asentamientos conocidos fuera del territorio más o menos acotado como «nación argentina».

Esos grupos humanos, que consisten en los restos de tribus indígenas que habían ido sobreviviendo a la conquista española, tienen en la Patagonia un amplio territorio más o menos respetado hasta que se produce la independencia, algo muy similar a lo que sucede en el caso chileno con la Araucanía. De hecho, los límites de los territorios coloniales de España en América no fueron un problema en ninguno de los dos casos:

> Constituían un espacio vacío, tierras indígenas que nunca habían sido conquistadas por los españoles, y por consecuencia, no pertenecían a Chile ni al Río de la Plata. Esa es la razón por la cual ningún mapa de la España imperial publicado por potencias europeas deja de señalar a esos

© Ediciones Universidad de Salamanca

> territorios como *res nullius*, es decir, tierra de nadie, abierta a la conquista (Goyogana 2006, 56)[2].

Como explica Adalberto Salas para el caso de la Araucanía, a partir de mediados del siglo XVII se establece un tratado de autonomía con la Corona española que desaparecerá con la República al no reconocer esta ningún pacto hecho por los españoles con los indios (Salas 1992, 36).

Una vez alcanzada la independencia política, ese mismo indio que había sido utilizado en las luchas contra la metrópoli sufre una modificación. La imagen que se quiere alcanzar como país independiente implica un planteamiento que rechaza la presencia indígena como parte integrante de la nueva nación. En este sentido son fundamentales las declaraciones de Domingo Faustino Sarmiento durante su exilio en el país vecino cuando comenta que los indios araucanos no pueden ser incluidos en la construcción de la nueva nación chilena, y argumenta:

> Como si estos hombres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana, y como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo y una Nación extraña a Chile y su capital e implacable enemigo, a quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles (Sarmiento 1948, 217).

El comentario de Sarmiento, provocado por la actitud de sus colegas chilenos, en especial José Victorino Lastarria, autor en 1868 de un estudio titulado *Investigaciones filosóficas sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, es un intento de dejar fuera de la identidad que se está construyendo a las masas indígenas que todavía pueblan las tierras americanas. En el caso de su propio país, Argentina, Sarmiento no tuvo ningún problema en promover la sistemática extinción de los indios que poblaban la Pampa o la región del Chaco. En el caso de Chile, el deseo de alejarse radicalmente de la herencia española lleva a muchos intelectuales a revindicar como propias las luchas de los araucanos contra los conquistadores españoles. Curiosamente este sentimiento estará apoyado en el poema de Ercilla, conquistador al fin y al cabo, y en su idealizada visión de los indios con los que tuvo que enfrentarse. Pero como muy bien afirma Álvaro Fernández Bravo, Lastarria en su ensayo reconoce virtudes en la resistencia araucana «que nunca reconocería en los indígenas

2. Según Isabel HERNÁNDEZ (1992, 167), «en la Patagonia la expansión ganadera aparece como uno de los pocos motivos que podían impulsar la penetración del europeo, y esta necesidad no se manifestó hasta entrado el siglo XIX».

© Ediciones Universidad de Salamanca

del presente» (Fernández Bravo 1999, 118). Es esta actitud la que le permite reconocer al intelectual chileno tres componentes que explican la peculiaridad de su país una vez que se ha independizado de España:

> Hemos de establecer como elementos influyentes en él [nuestro carácter nacional], tanto las costumbres, y con ellas las leyes y preocupaciones de los conquistadores, cuanto las del pueblo indígena, en la inteligencia de que la mayoría de nuestra Nación se compone de la casta mixta que deriva su existencia de la unión de aquellas dos fuentes originarias. Los accidentes físicos de la localidad, por otra parte, también han debido modificar indudablemente las inclinaciones características de nuestro pueblo, porque es evidente que la latitud, la situación orográfica, y en fin, el aspecto físico de la naturaleza influyen poderosamente, no tan solo en la organización física del hombre, sino también en su moral (Lastarria, *apud* Fernández Bravo 1999, 115).

Pero detrás de las diferencias de perspectiva sobre el pasado de cada nación está también un problema de delimitación de fronteras. Los conflictos territoriales entre ambos países, Chile y Argentina, para poder establecer unas fronteras claras se retrotraen al periodo colonial, y algunos intelectuales no dudaron durante el siglo XIX en recurrir a documentos de la época de dominación española para argumentar las pretensiones de cada país (véase Viñas 1982, 182-183 o Goyogana 2006). La historia colonial de la Patagonia cuenta también con episodios de alternancia en la posesión del territorio:

> Perteneció así a la jurisdicción de Chile, al igual que las tierras magallánicas, hasta que los piratas ingleses Drake y Cavendish, hacia finales del siglo XVI, recorrieron el Atlántico visitando las costas de la Patagonia. Alarmada por este avance, la Corona de España encomendó a Diego Flores de Valdez y a Pedro Sarmiento Gamboa (1581) la tarea de poblar las comarcas del extremo Sur y construir fortalezas en las costas de la Patagonia. A partir de ese momento, la Tierra del Fuego y las comarcas patagónicas volvieron a incorporarse a la jurisdicción del Plata (Hernández 1992, 141).

En Argentina, como ya anunciaban las palabras de Sarmiento, el pasado indígena no se ve más que como un lastre que impide modernizar el país. Por ello, nunca se define como un elemento constituyente del presente y para marcar la distancia necesaria, se asimila frecuentemente al indio con el extranjero (Fernández Bravo 1999, 93). Esa distancia es necesaria para justificar procesos definidos de forma tan radical por Robert Jaulin: «en el origen de la América Latina contemporánea subyace el etnocidio» (*apud* Viñas 1982, 31), es decir, «en primer lugar, el sometimiento de los indios y, en segundo lugar, la expropiación indiscriminada de sus antiguas tierras. Pero,

sobre todo, para algo que ha sido eludido, atenuado o lisa y llanamente silenciado, que es el *asesinato racial* en la Argentina» (Viñas 1982, 44).

El intento de alejar al indio de la futura configuración nacional se basa en una contradictoria argumentación que estriba en la diferente carga que se otorga al término «extranjero» de acuerdo con el lugar de origen. Si se trata de un poblador nativo de América, estará marcado por una connotación profundamente negativa y por ello debe permanecer al otro lado de esa frontera hasta que se logre su desaparición total. En el caso de que el extranjero sea un inmigrante llegado de Europa, la connotación del término varía poderosamente. No solo son aceptados con los brazos abiertos de acuerdo con el proyecto de Sarmiento, sino que están destinados a ocupar el lugar de los indios en la posesión de las tierras conquistadas. Así lo expresa Sarmiento en su *Civilización y Barbarie*:

> Pero el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigración europea, que de suyo y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa de día en día al Plata, y si hubiera un Gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaría por sí sola a sanar en diez años no más, todas las heridas que han hecho a la Patria los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado. [...] El Nuevo Gobierno se encargará de distribuirla por las provincias: los ingenieros de la República irán a trazar en todos los puntos convenientes los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados (Sarmiento 1874, 173-174. He actualizado la ortografía del original).

Como es bien sabido, este plan del que su autor afirmaba que no era una quimera, no dio los frutos esperados. La afluencia de inmigración europea sí logró cubrir las expectativas de los gobiernos argentinos del momento, pero el origen social y económico de dichas capas de inmigrantes no era el deseado. Por otro lado, si bien se cuantifica en tres millones la cantidad de extranjeros que se instalaron definitivamente en suelo argentino, al menos cuatro millones optaron por la vía de retorno al no encontrar los medios necesarios para garantizarse una subsistencia digna (Hernández 1992, 245). Esta característica de la formación del estado argentino es tan importante que

> no es pura casualidad, ni tampoco un simple expediente técnico-jurídico, lo que impulsó al derecho público y privado argentino a imponer con tanta vehemencia el principio del *ius soli*. El *ius soli* –determinante de la nacionalidad según nuestros estatutos legales–, en oposición a la tradicional concepción occidental del *ius sanguinis*, constituye una categoría que debemos extender a toda la vida nacional, inclusive a su expresión. Es

© Ediciones Universidad de Salamanca

> evidente que de haber consentido nuestro país el principio del *ius sanguinis*, habríamos llegado con el tiempo a la paradójica situación de un territorio nacional exclusivamente poblado por extranjeros (Guglielmini 1972, 25).

Otra perspectiva sobre aquellos extranjeros europeos nos presenta un texto como *Martín Fierro*, en el que su protagonista se queja de la incapacidad para adaptarse a las condiciones de vida de la tierra de acogida de los extranjeros alistados en el ejército:

> Yo no sé por qué el Gobierno
> nos manda aquí a la frontera
> gringada que ni siquiera
> se sabe atracar a un pingo.
> ¡Si creerá al mandar un gringo
> que nos manda alguna fiera!
>
> No hacen más que dar trabajo,
> pues no saben ni ensillar,
> no sirven ni pa carniar,
> y yo he visto muchas veces
> que ni voltiadas las reses
> se les quieren arrimar.
>
> [...]
>
> Si hay calor, ya no son gente;
> si yela, todos tiritan;
> si usté no les da, no pitan
> por no gastar en tabaco,
> y cuando pescan un naco
> unos a otros se lo quitan.
>
> Cuando llueve se acoquinan
> como el perro que oye truenos.
> ¡Qué diablos!, solo son güenos
> pa vivir entre maricas,
> y nunca se andan con chicas
> para alzar ponchos ajenos (Hernández 2005, 142-143).

Frente a visión tan negativa, el texto de José Hernández reconoce, a pesar de la descripción que de ellos hace en la línea de la barbarie, que los indios sí están perfectamente preparados para la vida en el desierto y no tiene más remedio que reconocer su maestría con los caballos y su habili-

dad en el manejo de las bolas y las armas. En este sentido, el indio es visto como alguien que sí pertenece a la tierra y a pesar de estar físicamente situado al otro lado de la frontera no aparecen como extranjeros. La explicación de esta situación tan contradictoria la podemos resumir con palabras de Álvaro Fernández Bravo (1999, 92):

> Indios y cristianos comparten en la frontera una misma pregunta sobre la identidad y la ciudadanía que los coloca en una paradójica simetría: ambos están inmersos en un proceso, el proceso de formación de la Nación, cuyo resultado final era todavía un enigma.

La imagen del indio resulta así ambigua. Por un lado está situada en la negación de cualquier valor civilizado, son los salvajes a los que se debe combatir y en ese sentido proliferan los textos que insisten en escenas de violencia descarnada, borracheras, maltratos contra los prisioneros y prisioneras (de ahí el subgénero de *la cautiva*). Pero por otro lado está perfectamente imbricado con la tierra frente a los inmigrantes extranjeros.

La importancia de la afluencia de extranjeros a la nueva República es tal que se convierte en uno de los temas esenciales de la literatura argentina, especialmente a partir de 1880 (véase Villanueva). La fecha no puede ser casual si tenemos en cuenta que coincide exactamente con el final de las sucesivas campañas del desierto, es decir, con la práctica extinción de las comunidades indígenas. Volveremos sobre este asunto más adelante, pero es necesario recordar aquí que al desaparecer el nativo marcado como extranjero es el inmigrante quien ocupa el lugar vacante y llena de significado la acepción del «otro».

Es obvio que la realidad transforma radicalmente la idealizada perspectiva ideológica que sobre el extranjero había construido Sarmiento. Así,

> en el periodo comprendido entre 1880 y 1910, las historias que la ficción argentina narra o pone en escena tienen que ver con la vida del extranjero en la tierra en la cual ha decidido instalarse, con sus éxitos y fracasos, con sus proyectos y sus relaciones, amistosas o conflictivas, con los nativos[3]. De este esquema surgen lógicamente dos tesis contrapuestas: o bien que la presencia del extranjero es positiva para el país (de lo cual se infiere que el nativo debe hacer todo lo que esté en sus manos para ayudarlo), o bien que dicha presencia es nociva y que la decisión de abrir las puertas al extranjero constituye un gran error (de lo cual se infiere que el nativo

3. Cuando Graciela Villanueva utiliza el término *nativo* no se refiere a los indígenas, sino a los criollos.

© Ediciones Universidad de Salamanca

debe hacer todo lo que pueda para dificultar su integración) (Villanueva 2000, 2-3).

Si bien no hay que olvidar que no se trata de una visión homogénea, ya que «en la Argentina de hace un siglo existieron importantes diferencias –o discriminaciones– entre extranjeros de diferente origen (la imagen de un francés o un inglés fue en general mucho más positiva que la de un gallego o un napolitano)» (Villanueva 2000, 9).

Desde el punto de vista de la estilística literaria es interesante observar la conexión que se establece entre forma y contenido en estos textos. Como establece Villanueva en la cita anterior, nos encontramos ante una corriente xenófila y otra xenófoba. La primera plantea la armonización y el encuentro de culturas como un enriquecimiento para el futuro del país. No es necesario señalar que una parte de los autores que defienden esta postura son ellos mismos inmigrantes o descendientes pertenecientes a la segunda generación. La corriente xenófila tiene mucha más relación con una literatura de corte romántico, sentimental, costumbrista o folletinesco. En cambio, la corriente xenófoba que defiende la tesis de la contaminación y degradación moral provocada por la presencia del extranjero recurre mucho más a un estilo realista y naturalista como son las novelas de uno de los escritores más reconocidos del momento, Eugenio Cambaceres y en especial su texto *En la sangre* (1887).

Una de las consecuencias más interesantes de esta situación tan polarizada en la literatura escrita a finales del XIX debe plantearse a partir de la teoría de la recepción. Es claro que los lectores a los que se dirigen los textos tienen un peso esencial en las tesis defendidas y en la imagen del extranjero que quieren transmitir. Un público criollo, de ascendencia española o con ciertos regustos de orígenes aristocráticos se identificaría mucho mejor con la hostilidad de esa corriente xenófoba que presenta al inmigrante extranjero como fuente y explicación de unos conflictos sociales en los que dicho público no asume ninguna responsabilidad. En este sentido resulta muy interesante el análisis de Graciela Villanueva al incluir otro tipo de textos, no solo novelas (sean o no de tesis), que nos permite intuir un espectro mucho más variado en cuanto al público receptor. Los relatos cortos, los cuentos y especialmente los sainetes huyen de la representación maniquea de la sociedad[4]. Sin entrar en consideraciones más profundas, es obvio que esos sainetes en los que aparecían «personajes de toda índole

4. Como inciso nos gustaría recordar aquí que no se trata de una característica propia de estos géneros literarios, ya que un texto fundacional como es *El matadero*, de Esteban Echeverría, recurre al maniqueísmo para presentar la lucha entre federales y unitarios

© Ediciones Universidad de Salamanca

y todo origen» eran contemplados por «un público tan heterogéneo como quienes desfilaban por el escenario». Esto otorga a este tipo de textos un interés esencial, ya que «los sainetes presentan el punto de vista de las clases populares y entonces, al menos parcialmente, el punto de vista de los inmigrantes» (Villanueva 2000, 4 y 5).

Un estudio más detallado de estos géneros nos permitiría tener una imagen del extranjero más cercana a los propios inmigrantes, una visión muy productiva si tenemos en cuenta otro aspecto fundamental como es la influencia que tuvo sobre la configuración de los elementos clave de la nueva identidad argentina (a saber, el desierto como paisaje elevado a categoría poética, el gaucho y el indio como «el otro» contra quien se construye esa identidad) la mirada de los viajeros extranjeros, especialmente ingleses. Estos textos, que empiezan a publicarse en la década de 1820, tienen una fuente reconocida y asumida en el libro de Humboldt *Voyages aux régions equinocciales du Nouveau Continent* (1809-1824)[5], y eso a pesar de que el científico alemán no había visitado ninguno de los territorios que iban a convertirse en las Repúblicas de Chile y Argentina (Prieto 2003, 20). Desde la utilización del símil que compara el paisaje de la Pampa con la superficie del océano: «El Desierto / inconmensurable, abierto, / y misterioso a sus pies / se extiende; triste el semblante, / solitario y taciturno / como el mar» (Echeverría 2006, 125). Desde la imagen romántica del gaucho como símbolo de libertad que fundamenta la esencia del *Martín Fierro*, de José Hernández, hasta la descripción del matadero de Buenos Aires, que constituye uno de los hitos de la literatura fundacional argentina en *El matadero*, de Esteban Echeverría. En todo ello encontramos la fuerte deuda que los escritores argentinos del momento tienen con la visión de aquellos viajeros que seguían un itinerario prefijado:

> One itinerary in particular became a canonical heroic paradigm for the Englishman's South American journey: landing in the port of Buenos Aires, he made his way overland across the Argentine pampas, up over the Andean Cordillera and down the other side to the capitals of Chile or Peru, from which he eventually embarked by sea for home (Pratt 1992, 148).

durante la dictadura de Rosas. Estaríamos más bien ante una postura que tiene en cuenta al receptor esperado del texto.

5. Una ampliación de la importancia que tuvo el viaje y posterior relato de Alexander von Humboldt puede encontrarse en PRATT 1992, 111-143.

© Ediciones Universidad de Salamanca

Todos estos escritores, a los que podemos considerar en justicia fundadores de la literatura argentina[6], parece que necesitaran esa perspectiva extranjera para sancionar su propia realidad, o quizá solo la perspectiva foránea permite incorporar dichos temas a la composición literaria que surge tras la independencia. De hecho, muchos de ellos recurren a las descripciones que encuentran en esos libros de viaje para completar su desconocimiento del medio real que sirve de base a sus textos.

Volviendo al extranjero «interno», esto mismo sucederá con el indio, un indio al que muchos de estos autores nunca han visto y cuya imagen se construye más a través de un saber libresco que real. En este caso, el término «extranjero» se problematiza aún más, ya que para los grupos indígenas es el hombre blanco el extranjero. Dice el cacique Sayhueque: «Dios nos ha hecho nacer en los campos y éstos son nuestros; los blancos nacieron del otro lado, y vinieron después aquí, a robarnos los animales y a buscar plata en las montañas» (*apud* Hernández 1992, 220). Su presencia es vista como una irrupción violenta en un territorio considerado propio. Así lo expresa Calfucurá (*apud* Sarramone 1993, 164) en 1853:

> Violando sagrados pactos[7], pasaron los cristianos la frontera del Salado. Ved estos fuertes en Azul, Mulitas, Bragado, Federación y Bahía. Los huincas están en continuo avance. Cuanto menos nos cuidemos, nos quitarán la última tierra, nuestras familias y haciendas en Carhué y Leuvucó. Oíd, vuestras familias en manos de los huincas. Con un poco de yerba y vino vinieron a engañarnos... Aquí los pelearé yo. Os invito a formar una fuerte e invencible Confederación.

6. Un inteligente comentario acerca de la intrínseca relación entre literatura y formación de la identidad nacional nos lo ofrece Eduardo F. Coutinho (2003, 59 y ss.), comentario que podríamos resumir en las palabras de Huxley que Coutinho cita (2003, 60): «las naciones son en gran parte inventadas por sus poetas y novelistas». Como complemento actualizado de la relevancia otorgada a los fundadores de la identidad literaria argentina véase García-Romeu 2007, 202.

7. No hay que olvidar, sin embargo, que dichos pactos tienen que ver con los acuerdos entre Calfucurá y Juan Manuel de Rosas para enfrentarse a otros grupos indígenas (véase Sulé 2003. También se puede ampliar la información sobre este cacique indio en Hernández 1992, 224 y ss.). Por otro lado, durante las luchas de la Independencia los indios fueron también utilizados para enfrentarse a los españoles, «los godos que les han robado a ustedes las tierras de sus antepasados», en palabras de José de San Martín (Martínez Sarasola 1998, 96), lo que explica que la Declaración de Independencia que sale del Congreso de Tucumán el 9 de julio de 1816 fuera impresa también en quichua, aymará y guaraní (Martínez Sarasola 1998, 98). Estas actitudes indican una inicial concepción del indígena como compatriota, algo que cambió drásticamente años después como se ha visto.

© Ediciones Universidad de Salamanca

Tan claro es esto, que un somero repaso de los tratados firmados entre el gobierno argentino y los diferentes jefes indios nos deja ver que consisten fundamentalmente en proveer a los indios de lo más elemental para poder sobrevivir: «Es justicia que reclamemos se nos pasen cuatro mil animales de racionamiento al semestre, para distribuir a las tribus», afirmará el cacique Manuel Namuncurá dirigiéndose al presidente de la República Argentina en 1877 (Viñas 1982, 211). Estas relaciones, más o menos pacíficas, se remontan a finales del siglo XVIII, cuando «las autoridades coloniales intentaron estipular tratados de paz y congraciarse con los principales caciques» (Hernández 1992, 221), los que luego con Juan Manuel de Rosas se llamarían «caciques amigos» (Ortelli 2000, 185) que fueron utilizados para fomentar las luchas entre distintos grupos indígenas. En realidad, las relaciones que establece Rosas con los indios son mucho más complejas, sin olvidar la concesión del permiso para votar y la introducción de la vacuna antivariólica, «gesto que le valió a Rosas el ser considerado un benefactor de la humanidad y ser incorporado como miembro honorario al Instituto Real Jenneriano de Londres» (Sulé 2003, 276).

El pago de lo que podríamos considerar una especie de subsidio ayudaba a que las relaciones fronterizas fueran relativamente pacíficas y que estos grupos de indios amigos no se dedicaran a realizar malones contra las poblaciones blancas de la frontera. Así describe Victor Martin De Moussy en su obra *Description de la Confédération Argentine*, publicada en París entre 1860 y 1864, la situación en Azul en los años sesenta del siglo XIX:

> Se hace mucho comercio en el Azul, no solamente con la campaña, sino también con los indios acampados en dos pequeños lugares al otro lado del arroyo, que forman allí un grupo permanente de un millar de familias. Esas tribus, emplazadas bajo la autoridad del cacique Catriel, que comanda ochocientas lanzas, reciben un subsidio del gobierno. Crían vacunos, ovejas, aves de corral, van a las Pampas a cazar avestruz y guanaco, tejen ponchos, cintos, etc., y venden a los cristianos el producto de su caza y de su industria, que cambian por objetos de manufactura europea. Algunos niños de las tribus van a las escuelas; casi todos hablan español, y se puede prever el momento en que tendrá lugar una verdadera fusión con los blancos. Desde que el Azul es una ciudad, se tiene poco temor de los indios insumisos, y se ha poblado casi toda la vertiente norte de la sierra; también las tierras aumentaron considerablemente su valor allí (*apud* Navarro Floria 1999, 12).

© Ediciones Universidad de Salamanca

Esta convivencia basada en relaciones comerciales mínimas y muy poco importantes[8] y falseada por la conciencia que ambos grupos tienen de la necesidad de compensar económicamente a los indios por la ocupación de sus territorios se romperá irremediablemente a finales de la década de los años setenta. En 1881 el general y ya presidente de la nación, Julio Roca, informaba a los senadores del resultado de la expedición cuyo objetivo era «que nuestras fronteras con los países limítrofes deben dar en todo tiempo fácil acceso al comercio internacional, y que, por consiguiente, no deben existir en ellas tribus de indios enemigos que interrumpan la comunicación» (Viñas 1982, 261). El informe termina afirmando:

> El éxito más brillante y más completo acaba de coronar esta nueva expedición, habiendo llegado nuestras divisiones al punto de la cita, el País de las Manzanas, el país del vellocino de oro en las leyendas del desierto, dejando así libres para siempre del dominio del indio esos vastísimos territorios, que se presentan ahora llenos de deslumbradoras promesas, al emigrante y al capital extranjero (Viñas 1982, 262-262).

Las fronteras argentinas estaban por fin donde debían estar[9]. Los indios capturados, los que no murieron en aquella campaña, «llegaron a transitar encadenados por la Avenida de Mayo» (Hernández 1992, 245). Fueron trasladados al penal de la isla Martín García, y los que no fueron llevados a prisión acabaron trabajando en el empedrado de las calles porteñas y rosarinas o murieron de diversas enfermedades. Los que sobrevivieron fueron enviados a Tucumán para trabajar en los ingenios azucareros o a Entre Ríos para trabajar en el campo si no habían sido incorporados a la milicia. En cuanto a las mujeres y a los niños, acabaron en el servicio doméstico (Her-

8. No siempre las relaciones comerciales establecidas entre cristianos e indígenas se basaban en esta especie de trueque. Por ejemplo, el negocio de compra-venta de la sal extraída de los salitrales de Salinas Grandes que los indios vendían a los colonos era esencial para ambas partes, habida cuenta del alto precio de la sal importada desde Cádiz (Hernández 1992, 223).

9. Todavía en la actualidad existen puntos de vista diametralmente opuestos a lo que significó la «Campaña del Desierto» y sus consecuencias para los grupos indígenas contra los que se llevó a cabo. Mientras para algunos autores como David Viñas o Pedro Navarro Floria, entre otros, se trata de un auténtico genocidio cuyo objetivo era «vaciar el desierto» para poder poblarlo en nombre de la civilización, para otros no existe tal genocidio ni se acepta que los indios fueran los pobladores originarios del territorio antes de la llegada de los españoles, defendiéndose así la tradicional visión del desierto como un territorio vacío (véase, por ejemplo, el artículo publicado en *La Nación* el 23 de noviembre de 2004 por el presidente de la Academia de la Historia Argentina y Director del Museo Histórico Nacional, Juan José Cresto).

© Ediciones Universidad de Salamanca

nández 1992, 245-246). De esta forma, la frontera se diluía y el que había sido enemigo, si no estaba ya muerto, quedaba incorporado al proyecto nacional[10].

La lucha que había permitido llegar hasta allí no podía por menos que haber desencadenado una nutrida literatura, ocupada especialmente en justificar la masacre de los originarios habitantes de la zona. Dentro de esa literatura no faltaron voces que sin llegar a disentir, sí dejaban entrever cierta incomodidad. Es el caso de, por ejemplo, Roberto Payró y su relato *La Australia argentina*, donde narra un extenso viaje por la zona. Mucho más conocidos son los textos que apoyan sin fisuras la dicotomía entre civilización y barbarie como base que no admitía discusión a la hora de tomar partido por uno u otro bando. Ahí está el poema de Esteban Echeverría, *La cautiva* o el propio *Martín Fierro*, de Hernández; ahí están también las crónicas de viajeros, militares, científicos contemporáneos de aquellos primeros encuentros con el territorio que se anhelaba conquistar:

> Es un hecho indiscutible que las obras más representativas de la literatura argentina en el siglo pasado, las que acaso con abuso del término, podríamos llamar «clásicas» dentro de la perspectiva relativa de nuestra historia literaria, se inspiraron en la frontera, sus episodios, su ambiente, sus personajes y circunstancias. Sin mencionar las obras secundarias, o las crónicas elaboradas desde los tiempos de la Conquista Española ni tampoco las memorias y testimonios de los viajeros, exploradores y militares participantes en las sucesivas campañas al desierto, basta con recordar el ciclo gaucho, las obras de José Hernández e Hilario Ascasubi, *Una excursión a los indios ranqueles*, de Mansilla, la obra descriptiva y novelística de Estanislao S. Zeballos, la de Guillermo Hudson, etcétera. A ello hay que agregar una vastísima literatura popular de amplia difusión, como ser [sic] las novelas de Eduardo Gutiérrez (Guglielmini 1972, 17).

Sin embargo, al paso de los años, el tema dejó de interesar y la literatura de frontera quedó como un arcaico resto decimonónico, con la consecuencia, además, del olvido del referente histórico que la había provocado.

10. La aparición del indígena como caso excepcional en la legislación argentina no cambia hasta que no se produce la llegada al poder de Juan Domingo Perón en 1945. Será en la Constitución de 1949 cuando se elimine toda alusión a los indios. El cambio se justificó así: «eliminar la alusión al trato pacífico con los indios y su conversión al catolicismo, aspecto que hoy resulta anacrónico, por cuanto no se pueden establecer distinciones raciales, ni de ninguna clase, entre los habitantes del país» (Martínez Sarasola 1998, 197). Tras el golpe de estado de 1976 se llegó, en alguna de las provincias del país, a negar la existencia de los indígenas por decreto (Martínez Sarasola 1998, 208).

© Ediciones Universidad de Salamanca

Tanto es así, que en 1966 dos diputados presentan un proyecto según el cual se enseñe por decreto y «se dé la debida relevancia al estudio de la Campaña del Desierto» en los programas de historia del Ministerio de Educación (así lo explica Haydée M. Cofre Barroso en el prólogo a Tarnopolsky 1999, 7. Véase también al respecto Guglielmini 1972, 21-22). Este desconocimiento repercute en la literatura: «Fuera de los grandes ejemplos clásicos carecemos de una literatura popular sobre la conquista del desierto, capaz de introducirla en el conocimiento masivo. Extensión que para la formación de un espíritu nacional interesa tanto o más que la intrínseca significación estética» (Tarnopolsky 1999, 17).

Es interesante que todavía hoy se siga viendo la literatura de frontera (la existente y la inexistente) como un género necesario para configurar la identidad argentina. Que ciertos críticos echen de menos una producción masiva de lo que consideran la gran epopeya de la formación del estado argentino demuestra la pervivencia de esa frontera en el imaginario argentino, tanto como el cuestionamiento de lo que supuso la destrucción de dicho límite como punto de arranque de una identidad puesta en duda. Esto podría responder a la pregunta que se hace Samuel Tarnopolsky, «¿Por qué en la tierra de *La cautiva*, de *Martín Fierro*, de *Una excursión a los indios ranqueles*, de *La dinastía de los Piedra*, no se ha popularizado una literatura» como la del *western* americano? Y añade, «¿por qué la gesta conquistadora no se ha transformado en una vivencia nacional?» (Tarnopolsky 1999, 19). A pesar de esta nostálgica visión, el propio Tarnopolsky cataloga en su estudio un centenar de novelas ambientadas en la frontera o con puntos de convergencia con dicho tema. Se trata de textos que van desde finales del siglo XIX hasta 1995 y que complementan el amplio panorama que había trazado ya Enrique Alzaga en 1955.

A pesar de esa abundante producción, parece como si la dicotomía *civilización/barbarie* no hubiera sido superada y esto dificulta especialmente a los escritores del siglo XX enfrentarse a la realidad argentina desde una posición distanciada. La revisión de la imagen del indígena obliga a revisar también la imagen de la civilización en nombre de la cual se persiguió su extinción. Volver a la frontera implica aceptar que sigue existiendo un límite que a pesar de campañas militares y panegíricos culturales no fue definitivamente borrado. Todavía hoy la frontera sigue representando un elemento esencial en la definición de la identidad nacional o personal. Así, por ejemplo, autores como David Viñas o Abel Posse establecen una línea de continuidad entre la actuación de los militares de la «Campaña del Desierto» y la represión llevaba a cabo en la década de los años setenta por el ejército argentino. De nuevo se resucita y se actualiza la oposición *civilización/barbarie*:

© Ediciones Universidad de Salamanca

> El empuje y consolidación de nuestra frontera tal vez ha dejado de ser horizontal, como fuera antaño, y ahora es vertical. Si bien el Indio, el Desierto y Tierra Adentro –así como las nociones correlativas– han perdido vigencia y se han despojado de su antigua significación en su carácter de realidades materiales y oponentes, ¿quién puede negar, sin embargo, que subsisten en nuestro país inmensas zonas marginales, prácticamente inmunes a la cultura y la civilidad, que esperan aún la ocupación definitiva de una sociedad compacta, con el correspondiente sistema de normas y técnicas modernas? Hay todavía un vacío que llenar en el espacio argentino (Guglielmini 1972, 8).

Una de las peculiaridades de la actual sociedad argentina es la presencia de inmigrantes «cercanos», es decir, el inmigrante latinoamericano frente a las grandes oleadas de inmigración europea que habían conformado, como vimos, la identidad del país en su origen como República independiente. Estos extranjeros son menos «extranjeros»; hablan el mismo idioma, tienen un común acervo cultural, etc., pero siguen sufriendo también el rechazo de una sociedad que no los asimila como algo propio. La explicación de esta actitud es simple: se trata de una inmigración trabajadora de clase baja.

Dos siglos después la historia argentina, y en especial la de la ciudad de Buenos Aires, sigue «vinculada a la aparición del inmigrante» (Bernal 2010, 1). Si en aquel lejano inicio del siglo XIX esto convirtió Buenos Aires en una ciudad cosmopolita y en un tema esencial para su literatura, a principios del XXI «la figura del inmigrante pobre de países latinoamericanos, algunos limítrofes, ha sido ignorada o poco nombrada en la literatura argentina» (Bernal 2010, 2). Hay, por supuesto, excepciones notables, como el caso del novelista Washington Cucurto, seudónimo de Santiago Vega. Este autor mira una ciudad que ya no tiene nada que ver con la brillante capital de antaño:

> Buenos Aires desaparece como espejo de una París o de una ciudad europea. En ella se observa el collage de la ciudad latinoamericana contemporánea con parches de marginalidad y de vivencia mixta. Los espacios en los que se desarrollan las historias de Cucurto brillan por su multiculturalidad, son áreas esparcidas por toda la ciudad en las que el inmigrante juega un papel preponderante como un elemento que enriquece el panorama y la cultura nacional (Bernal 2010, 3).

Esta modificación que la presencia del inmigrante imprime en la ciudad nos sirve de punto de partida para acercarnos al cuento del que nos queremos ocupar como ejemplo y modelo de la evolución del tema tratado. Se trata de un texto que actualiza la literatura de frontera volviendo

© Ediciones Universidad de Salamanca

a la idea de que es ahí donde reside aún la esencia de lo argentino. Pero además nos interesa aquí porque se conjugan en él muchos aspectos que hemos encontrado dispersos. Uno de ellos es precisamente que el autor es un chileno que se acerca a la realidad argentina para mirarla con la mirada del extranjero que abarca en su totalidad un referente que se transforma en literatura hecha realidad[11]. Nos referimos al escritor chileno Roberto Bolaño y a uno de sus últimos cuentos. Bolaño, empeñado en hacer un repaso a través de sus obras de toda la literatura hispanoamericana (Manzoni 2002), se acerca en el cuento «El gaucho insufrible», que da título al libro publicado en 2003, a la literatura de frontera y a la propia frontera física para resucitar un mundo que en el relato aparece modificado, pero conservando las esencias reconocibles en los textos clásicos sobre el tema.

En el año 2001, durante una conversación mantenida entre Roberto Bolaño y el escritor argentino Ricardo Piglia, ambos autores defendían la imagen del escritor como un extranjero que no se afinca ni se identifica con ningún lugar o patria. Los «falsos argentinos» habían en realidad colaborado a configurar una identidad nacional (Bolaño 2001, 1). Cuando Bolaño se acerca a la realidad argentina de la que quiere dar cuenta en «El gaucho insufrible» lo hace desde esa perspectiva y con la intención de mostrar cómo se ve a los argentinos desde fuera. En realidad, el cuento propone una relectura, no tanto del referente real que le da forma como de la literatura anterior a él:

> El hallazgo de la intertextualidad proliferante como método literario [...], tiene en la obra de Bolaño una variación productiva y, en el avatar en que él encarna en «El gaucho insufrible», mucho que ver con el repetido e inconcluso rasgueo de esa guitarra: el relato de Bolaño es no solo una parodia de «El Sur», de «El evangelio según Marcos» y de varios otros textos nodales de la cuentística argentina, sino que es un pastiche crítico de todos ellos: una reescritura abrasadora, una reinterpretación, una sagaz intervención del chileno en la tradición rioplatense (Faverón Patriau 2008, 373).

Efectivamente, el ambiente en que el cuento sumerge al lector se intuye más literario que real, texto construido de lecturas[12], de tópicos observados

11. La historia de Argentina durante el siglo xx explica en buena medida las peculiaridades de su literatura, «un sistema que se construye al margen del resto de América» (García-Romeu 2007, 203). Por esa razón nos parece tan importante que sea precisamente una mirada extranjera la que se ocupa de cuestionar y poner otra vez sobre el tapete el tema de la identidad argentina.

12. Gustavo Faverón Patriau (2008, 374) ha identificado algunos de los textos que se dan cita en la construcción del cuento de Bolaño: textos de Dabove, Borges, Cortázar, Di

© Ediciones Universidad de Salamanca

desde una perspectiva un tanto distorsionada, lateral, descreída. Situado el protagonista en medio de la terrible crisis económica sufrida por Argentina en 2001, la única salida que se le ofrece es un salto hacia el pasado, hacia el origen y el comienzo de la nación. Quizá sean estas palabras de Carlos Fuentes las que puedan explicar el sentimiento provocado en Argentina en aquel momento, un país

> autoengañado, que se imagina europeo, racional, civilizado, y amanece un día sin ilusiones, tan latinoamericano como El Salvador y Venezuela, más enloquecido porque jamás se creyó tan vulnerable, dolido de su amnesia porque debió recordar que también era el país de Facundo, Rosas y de Arlt, tan brutalmente salvaje como sus militares torturadores, asesinos, destructores de familias, generaciones, profesiones enteras de argentinos (Fuentes 1996, 2).

El llamado «corralito» desencadena la acción del cuento, situándolo en un marco temporal sin posible ambigüedad. Pero, rápidamente, las reacciones del protagonista (en realidad el personaje único de un relato donde los demás son meros comparsas de la acción) provocan un salto temporal que sitúa el cuento en un espacio ajeno al tiempo gracias al viaje del abogado hacia la pampa: «el viaje en el espacio lo es también en el tiempo» (Faverón Patriau 2008, 403-404). «Los viajes a la frontera se convierten en viajes al pasado (que deviene pasado *nacional*)» (Fernández Bravo 1999, 56).

Lo que más nos interesa aquí es ver cómo el autor chileno va construyendo una imagen de la pampa basada en textos clásicos, pero introduciendo interesantes modificaciones que nos separan de un mero juego intertextual. Bolaño no olvida en ningún momento que

> el estilo de una literatura nacional, cuando existe, está hecho de periodicidades, de recurrencias que hablan de lecturas comunes o ignorancias compartidas, de una historia o unos prejuicios comunes. Necesariamente son lo menos personal de un escritor, pero la crítica trabaja con sistemas de referencias, no con lo que elude o trasciende esos sistemas, y la imagen total de la literatura que va tejiendo crea, a su vez, un horizonte contra el cual serán juzgadas las obras (Gonzalo Garcés, *apud* García-Romeu 2007, 211).

Así consigue construir un texto cercano y lejano, permitiendo al lector adentrarse en un universo conocido que se va resquebrajando ante

---

Benedetto, Wilcock o Fresán. Véase también la página 401. Efectivamente, el cuento señala algunas de esas deudas citando a los autores directamente en el texto, como el caso de Borges o Di Benedetto, y dedicando el relato a Fresán.

sus ojos. El primer aspecto destacable es que, en la lucidez del abogado cuando anuncia con pocos días de antelación el desastre económico, lo que se hunde no es Argentina, sino solo Buenos Aires (Bolaño 2003, 19), estableciendo la sempiterna división entre la capital y el resto del país. Por eso a Pereda le queda la posibilidad de escapar a un campo intocado por la crisis, un campo ajeno a la historia y el devenir político de la moderna Argentina: «Buenos Aires se pudre, les dijo, yo me voy a la estancia» (Bolaño 2003, 20-21). Es así como el lector descubre de repente que el juez capitalino tiene un pasado familiar de hacendado, produciéndose con su decisión un viaje de vuelta a los orígenes que desmiente el sueño en que se ve «a sí mismo montado en un caballo, junto a su padre, alejándose ambos de Álamo Negro. El padre de Pereda parecía compungido. ¿Cuándo volveremos?, le preguntaba el niño. Nunca más, Manuelito, decía su padre» (Bolaño 2003, 29).

Como insinúa el texto, la premonición del hundimiento económico se produce tras una serie de cambios en los que el personaje se dedica a leer compulsivamente: «Empezó a levantarse temprano y a buscar en los viejos libros de su biblioteca algo que ni él mismo sabía qué era» (Bolaño 2003, 19)[13]. Da la sensación de que el futuro de Argentina es fácilmente predecible conociendo su historia pasada. No resulta difícil ver en esos «libros viejos» una referencia a los textos fundacionales de la identidad argentina, lo que explicaría, además, la decisión de volver a la pampa. Esa acción de automarginación tiene también un antecedente en el impreciso territorio fronterizo que permitía a muchos no indígenas establecerse fuera de la ley y de la sociedad. Eran territorios controlados por indígenas que «funcionaron como zonas de escape y refugio para muchos no-indígenas que por diversas razones huían de su sociedad de origen. La frontera rioplatense fue uno de esos territorios que funcionaron como válvula de escape» (Ortelli 2000, 186). Pereda anda buscando esa válvula de escape que le permita salir de una sociedad en la que no tiene ya lugar y que aparece además como sin solución posible:

> Hizo lo que hicieron muchos porteños por aquel entonces: largas colas, largas conversaciones con desconocidos (que le resultaron simpatiquísimos) en calles atestadas de gente estafada por el Estado o por los bancos o por quien fuera.
> Cuando el presidente renunció, Pereda participó en la cacerolada. No fue la única. A veces, las calles parecían tomadas por viejos, viejos de todas

13. No es difícil relacionar este comienzo de la verdadera acción del cuento con *El Quijote*, como ha hecho Faverón Patriau (2008, 402).

> las clases sociales, y eso, sin saber por qué, le gustaba, le parecía un signo de que algo estaba cambiando, de que algo se movía en la oscuridad, aunque tampoco le hacía ascos a participar en manifestaciones junto con los piqueteros que no tardaban en convertirse en algaradas. En pocos días Argentina tuvo tres presidentes. A nadie se le ocurrió pensar en una revolución, a ningún militar se le ocurrió la idea de encabezar un golpe de Estado. Fue entonces cuando Pereda decidió volver al campo (Bolaño 2003, 20).

El tránsito desde lo urbano (Buenos Aires) a lo rural (la pampa, pero en realidad, el resto del país) se produce en otro de los grandes mitos de la frontera del XIX: el ferrocarril, visto entonces como el gran adelanto que permitiría modificar la fisonomía del territorio por conquistar[14]. Con ese viaje se consigue además un alejamiento progresivo de la *civilización*, consistente en 2001 en una situación económica de bancarrota aliviada por la esperada actuación de la selección argentina de fútbol en el mundial de Corea y Japón (Bolaño 2003, 22). A medida que el tren avanza, Pereda se encuentra con esa presencia silenciada del indígena: «Cuando despertó, el vagón iba medio vacío y junto a él un tipo aindiado leía un cómic de Batman» (Bolaño 2003, 22). La ironía del indio leyendo historias de superhéroes se continúa en la presencia de los nuevos animales que pueblan la pampa: los conejos. Entrevistos desde el tren, poco a poco se convertirán en una presencia ominosa que ha desbancado al ganado vacuno y caballar típico de la zona[15]. La degradación de la frontera y la subversión que esto supone es también una forma de presentar una pampa que no pertenece al pasado. Está en un presente que no se corresponde con el del mito, con gauchos que vendieron sus caballos al matadero y se desplazan en bicicleta o en *autostop*, indios que regentan ferreterías y no saben nada de caballos, boleadoras manejadas por niños o hacendados que hablan como la gente de la ciudad. La imagen que se da en el texto de las pulperías está en la misma línea; el juez Pereda, actuando como los gauchos de los libros que

14. El coronel Barros afirmaba en 1876: «Un ferrocarril construido desde Bahía Blanca hasta la frontera de Mendoza, que más tarde pudiera empalmar con el Andino, llenaría los primeros objetos: reducir la extensión del desierto; llevar allí los recursos que faltan» (VIÑAS 1982, 201). En el cuento de Bolaño el tren es un símbolo de unión con el resto del país, por ello resulta tan significativo un pasaje como el siguiente: «se quedaba largo rato esperando que pasara el tren [...], y en no pocas ocasiones el tren no pasó nunca, como si ese pedazo de Argentina se hubiera borrado no solo del mapa sino de la memoria» (BOLAÑO 2003, 37)

15. No está de más saber que la exportación de carne de conejo argentina creció llamativamente a partir de 2002. Véase <http://www.iica.int/Esp/regiones/sur/argentina/Documentos%20de%20la%20Oficina/carnedeconejo.pdf> [consulta: 28 de marzo de 2010].

© Ediciones Universidad de Salamanca

ha leído, solo consigue asombrar e incluso asustar a los gauchos del presente: «Una inspiración repentina lo hizo entrar montado en la pulpería. En el interior había un gaucho viejo, que rasgueaba la guitarra, el encargado y tres tipos más jóvenes sentados a una mesa, que dieron un salto no más vieron entrar el caballo» (Bolaño 2003, 30). Si la entrada de Pereda se produce de esta guisa, la salida no deja nada que desear:

> Al marcharse, después de pedirle al pulpero que le anotara la consumición en su cuenta, mientras pasaba junto a los gauchos jóvenes, para reafirmar su autoridad, les pidió que se hicieran a un lado, que él iba a escupir. El gargajo, virulento, salió casi de inmediato disparado de sus labios y los gauchos, asustados y sin entender nada, solo alcanzaron a dar un salto (Bolaño 2003, 30).

En la pulpería de Capitán Jourdan[16] se pasa el tiempo en juegos tan inocentes como el truco o las damas, y en casos especiales, los gauchos pueden estar hasta el amanecer jugando al *monopoly* (Bolaño 2003, 35). Esos mismos hombres reaccionan con asombro si alguien saca un cuchillo para defender algo tan vago como el honor o sus ideas políticas (Bolaño 2003, 45). Pereda observa todos estos cambios como una degradación del modelo que esperaba encontrar hecho realidad:

> Pereda se sentó junto al aljibe y se entretuvo espantando las moscas que salían de todas partes, como si en el patio estuvieran encurtiendo carne, aunque los únicos encurtidos que Pereda conocía eran los picles que hacía muchos años compraba en una tienda que los importaba directamente de Inglaterra (Bolaño 2003, 28).

Pero esa degradación no es la de una realidad en ruinas, sino la de una transformación en algo irreconocible. El ataque que sufre el editor recién llegado de la ciudad por parte de un conejo que le salta al cuello, como si de un animal salvaje y peligroso se tratara, forma parte de un mundo autónomo y autosuficiente que rechaza a los extranjeros que se acercan sin deseo de integrarse en él. Los habitantes de Buenos Aires son aquí el extranjero, a excepción de Pereda que ha llegado después de un largo rechazo a la ciudad. Con una ironía total, Roberto Bolaño pone ante los argentinos contemporáneos el viejo conflicto de su identidad. Un país

16. Aunque Faverón Patriau no lo menciona, este nombre podría ser también un guiño en el que reconocer a Cortázar, a quien el crítico menciona en relación con la invasión de conejos que asola la región. Se trata del segundo apellido del abuelo del escritor argentino, quien murió en el naufragio del *Príncipe de Asturias* en 1916 frente a las costas de Brasil cuando realizaba el trayecto entre Barcelona y Buenos Aires.

© Ediciones Universidad de Salamanca

construido a base de oleadas de extranjeros, recibidos como la solución a unos problemas que poco tenían que ver con ellos, rechazados por los conflictos sociales que su situación económica provocaba (la reacción fueron unas durísimas leyes de inmigración entre 1876 y 1910); un país que había tomado la decisión previa de destruir y marginar a los que habitaban el espacio físico que se había convertido en una nación independiente; un país alejado del continente al que pertenece y vuelto siempre hacia Europa desde sus orígenes; con todos estos elementos, Bolaño se divierte en presentar como extranjeros a los que defenderían sin dudar su calidad incuestionable de argentinos consiguiendo que el conflicto perviva, que no esté solucionado y riéndose además de esa necesidad de establecer una identidad siempre a costa o en contra de otros. En realidad, el cuento no es más que la relativización de un concepto imposible de definir: yo soy extranjero para ese otro al que marco como tal.

Ese mundo urbano en el que se desenvuelve el hijo escritor del protagonista se siente atraído por la pintoresca experiencia del juez y abundan las visitas a ese confín del país. Entre esos visitantes no podía faltar una psiquiatra, utilizada en el cuento para contraponer dos modelos femeninos: la sofisticada y hermosa doctora y la mujer que encuentran en una hacienda abandonada por amos y peones. Ni que decir tiene que la elegida por el juez transformado en el nuevo gaucho será la campesina, la china, como la denomina su hijo cuando se entera, y a partir de la convivencia con la mujer el nuevo mundo de Pereda empieza a recomponerse: organizar un huerto, aumentar el número de caballos e, incluso, comprar cuatro vacas: «los conejos, que en su vida habían visto una vaca, las miraban con asombro» (Bolaño 2003, 46). Incluso Pereda encuentra por fin las palabras que le permitan una comunicación con los gauchos:

> Esa noche les habló a los gauchos reunidos en la pulpería. Yo creo, les dijo, que estamos perdiendo la memoria. En buena hora, por lo demás. Los gauchos por primera vez lo miraron como si entendieran el alcance de sus palabras mejor que él (Bolaño 2003, 47).

El mito está muerto, ya no existe, pero existe una pampa real y diferente sobre la que construir un incierto futuro. El viaje de ida de Pereda (en realidad de vuelta) necesita una confirmación y un regreso a la civilización tres años después. El choque con la ciudad le permite por fin vivir una de esas escenas de violencia que tanto extraña en la pampa el juez. Pero no será con un gaucho, sino con un escritor. Un enfrentamiento en realidad literario: la vieja y la nueva literatura que acaba en sangre. Con las luces del alba el juez Pereda decide regresar a la pampa, abandonando definitivamente «la ciudad de sus amores» (Bolaño 2003, 51).

© Ediciones Universidad de Salamanca

Dejando a un lado el excesivo juego intertextual en que está basado el relato de Roberto Bolaño, nos interesa aquí especialmente la configuración y actualización del espacio de la frontera argentina. Un espacio que no ha sido borrado, que no desapareció con las campañas militares de finales del XIX, sino que perdura como una realidad presente. Y como tal, también la frontera ha evolucionado, también ha ido dejando atrás rasgos y estereotipos, lo que la hace irreconocible para el hombre que se acerca a ella desde un conocimiento exclusivamente libresco. La nueva frontera que dibuja Bolaño es mucho más pacífica que la ciudad, ha conseguido la plena integración del indígena, ha perdido su carácter épico y sobrevive gracias a una plaga de conejos, ya que no quedan reses que cuidar o robar al enemigo. La dicotomía entre civilización y barbarie no ha desaparecido en este cuento, pero ha cambiado de ubicación. Tal y como refleja Bolaño, Buenos Aires es la expresión máxima de «un país y en una época en que la honradez no estaba, precisamente, de moda» (Bolaño 2003, 15). Sin embargo, en Capitán Jourdan las gentes confían en el recién llegado, le fían y trabajan para él sin esperar que les pague. Cuando el protagonista siente que el lugar está cambiando su forma de actuar y de hablar con los demás («la pampa, directa, varonil, sin subterfugios», Bolaño 2003, 23), se encuentra con gentes que no se corresponden con los gauchos de poemas y novelas, con los cuentos de Borges, sino que son hombres y mujeres sencillos, incapaces de usar la violencia. La mirada que propone Bolaño es desengañada, es la mirada del extranjero que no cree en la pervivencia de los mitos literarios y que intenta enfrentar ese mito con la realidad.

Pero hay una realidad que sí es importante señalar. Según la descripción que se hace en el cuento,

> Capitán Jourdan no tenía pavimentada ninguna de sus calles y las fachadas de las casas exhibían una gruesa costra de polvo. Al entrar en el pueblo vio a un hombre durmiendo junto a unos maceteros con flores de plástico. Qué dejadez. Dios mío, pensó. La plaza de armas era grande y el edificio de la municipalidad, de ladrillos, confería al conjunto de edificaciones chatas y abandonadas un ligero aire de civilización (Bolaño 2003, 26).

Ante esta situación, Pereda (quien se cambia el nombre de Héctor por Manuel, el nuevo Mesías) intenta resucitar el espíritu perdido de la pampa, recomponer la imagen, pero no hacia el pasado, sino hacia el futuro. Intenta introducir de nuevo el ganado y decide en el final del cuento regresar allí para «hacer algo de provecho» (Bolaño 2003, 51). Porque, ¿de qué sirvió tanta lucha, tanta conquista, tanta destrucción? Si esta era la civilización que se ofrecía a cambio de la barbarie no se puede

© Ediciones Universidad de Salamanca

por menos que afirmar que la conquista del desierto fue un fracaso. Poco o nada ha cambiado y la frontera sigue siendo, en el texto de Bolaño, un límite que aún no ha sido traspasado, que permanece esperando los cambios que justifiquen su inclusión en la nación que no podía definirse sin ella y que luchó por conquistarla para olvidarla después.

Bibliografía

Alzaga, Enrique Williams, *La pampa en la novela argentina*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1955.

Bernal, Álvaro A., «La Buenos Aires contemporánea: voz y presencia del inmigrante marginal en la narrativa de Washington Cucurto», versión corta de una ponencia presentada en JALLA 2008, Santiago de Chile y reproducida en *La Hojarasca. Alianza de Escritores y periodistas* [en línea]. <htpp://www.escritoresyperiodistas.com/NUMERO39/alvaro.htm>. [consulta: 22 de junio de 2010].

Bolaño, Roberto, «Extranjeros del Cono Sur. Conversación entre Ricardo Piglia y Roberto Bolaño», *El País*, suplemento cultural *Babelia*, 3 de marzo de 2001 [en línea]. <http://sololiteratura.com/bol/bolaentrpiglia.htm>. [consulta 22 de junio de 2010].

— *El gaucho insufrible*, Barcelona, Anagrama, 2003.

Coutinho, Eduardo F., *Literatura comparada en América Latina*, Cali, Universidad del Valle, 2003.

Echeverría, Esteban, *El matadero. La cautiva*, Madrid, Cátedra, 2006.

Faverón Patriau, Gustavo, «El rehacedor: "El gaucho insufrible" y el ingreso de Bolaño en la tradición argentina», en Paz Soldán, Edmundo y Faverón Patriau, Gustavo (eds.), *Bolaño Salvaje*, Barcelona, Editorial Candada, 2008, pp. 371-415.

Fernández Bravo, Álvaro, *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.

Fuentes, Carlos, «Diario de un lector, Santa Evita», *La Nación*, Suplemento Literario, 18 de febrero de 1996, p. 2.

García-Romeu, José, «Una polémica actual: la reconstrucción del sistema literario argentino», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 36 (2007), pp. 199-219.

Goyogana, Francisco M., *Sarmiento y la Patagonia*, Buenos Aires, Lumiere, 2006. Reproducido en la Biblioteca Cervantes Virtual [en línea]. <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01316197500682753647802/035261.pdf?incr=1>. [consulta: 5 de marzo de 2010].

Gras, Dunia, «Roberto Bolaño y la obra total», en Manzoni, Celina (ed.), *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2002, pp. 49-73.

Guglielmini, Homero M., *Fronteras de la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1972.

© Ediciones Universidad de Salamanca

HERNÁNDEZ, José, *Martín Fierro*, edición de Luis Sáinz de Medrano, Madrid, Cátedra, 2005.

HERNÁNDEZ, Isabel, *Los indios de Argentina*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

MALLEA, Eduardo, *Historia de una pasión argentina*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.

MANZONI, Celina, «Ficción de futuro y lucha por el canon en la narrativa de Roberto Bolaño», en Manzoni, Celina (ed.), *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2002, pp. 25-47.

MARTÍNEZ SARASOLA, Carlos, *Los hijos de la tierra. Historia de los indígenas argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

MAYO, Carlos A., *Fuentes para el estudio de la frontera. Voces y testimonios de cautivos, fugitivos y renegados (1752-1790)*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2002.

NAVARRO FLORIA, Pedro, «Un país sin indios. La imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente estado argentino», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 51 [en línea]. <http://www.ub.es/geocrit/sn-51.htm>. [consulta: 5 de marzo de 2010].

ORTELLI, Sara, «Marginalismo y relaciones interétnicas: blancos e indios en la frontera rioplatense en el siglo XIX», *Revista Complutense de Historia de América*, 2000, 26, pp. 181-198.

PRATT, Mary Lousie, *Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.

PRIETO, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

SALAS, Adalberto, *El mapuche o araucano*, Madrid, Fundación Mapfre, 1992.

SARMIENTO, Domingo Faustino, *Facundo o Civilización y Barbarie en las Pampas Argentinas*, París, Librería Hachette y Cía., 1874. Reproducido en la Biblioteca Cervantes Virtual [en línea]. <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02580574379114117427857/026185.pdf?incr=1>. [consulta: 5 de marzo de 2010].

— *Artículos críticos y literarios. Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948, volumen II.

SARRAMONE, Alberto, *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires*, Azul, Biblos, 1993.

SULÉ, Jorge Carlos, *Rosas y sus relaciones con los indios*, Buenos Aires, Ediciones Oeste, 2003.

TARNOPOLSKY, Samuel, *Indios pampas y conquistadores del desierto en la novela*, Santa Rosa, Fondo Editorial Pampeano, 1996.

VILLANUEVA, Graciela, «La imagen del inmigrante en la literatura argentina entre 1880 y 1910», *Amérique Latine Histoire et Mèmoire. Les Cahiers ALHIM*, 1 [en línea] <http://alim.revues.org/index90.html> [consulta: 22 de enero de 2010].

VIÑAS, David, *Indios, ejército y frontera*, México, Siglo XXI, 1982.

© Ediciones Universidad de Salamanca